

## LA PLANTA DE CUADERNOS

POR ROXANA MUÑOZ

Dedicado a mis hijas y a Mariana, mi amiga del alma.

Desde pequeña, tener un libro en mis manos y abrirlo ha sido un acto de alegría íntima, de asombro, cargado de expectativas y de gozo. Me acompañaron en momentos de enfermedad larga, de soledad, de estudio, en vacaciones, en un viaje en avión o colectivo

(y, por cierto, olvidé unos cuántos así).

Cuando mi hija Julia tenía entre cuatro o cinco años, le compré un maravilloso cuento de Laura Devetach, La planta de Bartolo, que le contaba todas las siestas y todas las noches, y aun cuando ya le hubiese leído otros cuentos, siempre quería volver a este. Todavía lo conservamos en esa primera edición que tuvimos en casa y aunque atacado por un cachorro inquieto, sigue siendo un libro especial. El placer de leerlo una y otra vez y de ir completando las oraciones fue un juego amoroso que duró toda su infancia. La particularidad de esta planta es que le florecían cuadernos, sí, cuadernos con todo tipo de tapas. Bartolo se los regalaba a los chicos del pueblo porque decía que no podían estar sin ellos. Esta planta era muy codiciada, pero él no la vendía por ningún tesoro del mundo.

Y aquí con este recuerdo, aparece una asociación inevitable para mí, el amor por los libros, por leerlos para ella, por entrar en las librerías y descubrir autores, hojear -si me dejan- para elegir, oler el papel, ver las ilustraciones y también, una enorme fascinación por los cuadernos, de todo tipo, artesanales, pintados, pentagramados, rayados, cuadriculados, tapas duras y blandas, Gloria, Rivadavia, Éxito, Arte, ABC, y tantísimos otros. Aparece la necesidad de tener siempre un cuaderno a mano, con una birome o lápiz, donde anoto cosas que escucho o muchas otras que pienso. Ideas, tareas, proyectos, recetas, títulos de libros que recomiendan por la radio, nombre de obras corales o instrumentales que anuncia el locutor de Nacional Clásica, cuadernos que compro en el supermercado de los chinos, y que tienen

cerquita de la caja, con el precio puesto en la tapa sobre una foto en blanco y negro de NY o París (¡¡¡qué pena!!!!). Espiralados o cosidos a mano, comprados en una feria artesanal de acá o de allá, cuadernos que llegan por correo y que las redes me permiten conocer a mujeres con almas emprendedoras que buscan nuevas técnicas para fabricar sus cuadernos. Aún son pocos, pero esta pequeña colección tiene nombres, rostros y manos y cada uno de ellos es único y especial.

Sumo a esta fascinación que me producen las hojas en blanco y los cuadernos artesanales, la enorme alegría de ingresar a una librería, y ni les digo, si ese lugar es una de las más hermosas del mundo, una que era un teatro y se convirtió en un lugar histórico, turístico y con una mística especial.

Aquellas personas que van a la librería El Ateneo, y eligen pasar toda una tarde allí no son cualquier persona, no, no, no..... ni hablar si te cuento que esas personas son amigas, hace mucho tiempo que no pueden estar juntas por la distancia y arman un plan para encontrarse en este paraíso. De los últimos momentos vividos junto a ella, este es sin dudarlo, uno inolvidable. Si algo me enseñó Mariana (mi hija Alba se le parece) en la vida es esto, disfrutar pequeños espacios, grandes maravillas, sin apuros, estar en el aquí y ahora con total conciencia, gozar de caminar entre los pasillos y leer títulos, autores y, asombrarnos como niñas de cada hallazgo (además de otras cosas que no son el asunto de este texto pero que son la raíz y fruto de nuestra amistad y que agradezco cada día).

La vida me ha premiado con dos hijas maravillosas y con la mejor amiga que se pueda tener. Los libros, los cuadernos, la música, cartas, tarjetas, dibujitos, y millones de momentos plasmados en cuadernos o en simples hojas son mis tesoros, en esas hojas hay miles de recuerdos emocionados que son parte de mí.

Con amor, Roxana

RECUERDOS (Video)

<https://youtu.be/rUYe6gsN0co>

